

¿Y si aquello que no lograras recordar
pudiera explicar por qué vas a morir?



AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO

FRANK GRAN

AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO

FRANK GRAN

@ 2018 FRANK GRAN

Diseño cubierta: Frank Gran

1ª Edición: Octubre 2018

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo

www.fkgran.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A mi padre. Un hombre valiente, de grandes convicciones y fuerte corazón. De alma noble y honestidad excelsa. Por tus lágrimas y tus sonrisas, que no siempre fueron visibles.

PRÓLOGO

AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO. Lo más seguro cuando leas esto, lo esté. No me queda demasiado tiempo. La vida se me escurre por los poros de mi piel quemada. Me siento exhausto de respirar, de intentar sobrevivir en este mundo que ahora descubro no haber entendido nunca. Ni él a mí.

Si estás leyendo esto, es que, por alguna extraña razón, he llegado a tus manos. ¿Quién soy? Nadie. No nos conocemos. Ambos somos unos auténticos desconocidos. Jamás nos hemos visto. Tú no has oído hablar de mí, al igual que yo de ti. No tenemos ningún amigo, ni familiar, ni enemigo alguno en común. Así que imagino que, de recibir esto, lo más seguro te desprendas del mensaje sin más, sin apenas leerlo, pues yo haría lo mismo.

Si aún sigues leyendo, te preguntarás por qué me dirijo a ti. Qué busco con este fortuito encuentro. Es simple. Dejo constancia que me voy. Me marchó, y lo hago para siempre. He perdido el sano juicio, y ahora, en este momento efímero de lucidez, esto es lo más sensato que se me ocurre. Es lo correcto. Al borde de la muerte, sin fuerzas ni ganas de seguir luchando, me acuerdo de toda mi existencia. He superado el umbral de la muerte, y eso, me da la suficiente entereza para pensar con frialdad. Ando un paso por delante de la muerte, pero ahora, por primera vez, la espero paciente. Necesito parar. Huir de aquí de una maldita vez, y éste es el único camino que me queda para lograrlo.

Seré breve, pues se me acaba el papel donde romperme en palabras. Esta es mi última declaración, y, por tanto, lo único que me ata aún a este mundo. Es un adiós. Un hasta nunca de un desconocido a otro desconocido. Sin más. Si nunca sabes de mí por la prensa, las noticias u oyes un ru-

mor que pueda ser yo, seguramente lo sea. Gracias por brindar sentido a esta muerte merecida.

Bernie Miller

DÍA 1

1

DESPIERTO. El sueño me absorbe de tal manera que me cuesta huir de sus garras. No me siento con fuerzas. En sueños, la vida es más fácil. Mucho más. Es algo que aprendes en la adolescencia. Si el mundo exige tal nivel de lucha, es mejor fabricarse uno en el que estar a tus anchas. Éste es el mío, y poco a poco, se desvanece. Se pierde inexorable junto al tiempo. Se hace añicos como cientos de espejos golpeados entre sí.

Sintió la brisa en su rostro y supo al instante que todo terminaba allí. En aquel momento entendió lo incomprensible. Desconocía como había acabado en aquella vieja embarcación que flotaba a la deriva, pero tenía claro que, si se encontraba allí, en alta mar, en aquellas lamentables condiciones, era porque algo no iba bien.

Una náusea descomunal le hizo estremecer. Su estómago le dio un vuelco. Hasta perdió la conciencia durante un par de segundos. Regresó, pero lo hizo por instinto. Ladeó su cuerpo por encima de la regala hasta golpear con su pecho la vieja madera de la embarcación, y casi sin esfuerzo, echó un puñado de viscosa bilis por la borda. «Comida para los peces.», pensó en cuanto recuperó la lucidez.

Sintió un frío inclemente en pecho, piernas y brazos. Al experimentar el aire marítimo en su piel, lo tuvo claro. Estaba desnudo. Solo había una parte de su cuerpo que, en contra de su sentido térmico, le transmitió un calor extraño. Desde el centro de sus omoplatos hasta medio espinazo, sentía un

calor abrasador fuera de lo normal. Cuando arqueó su espalda levantando su pecho del borde de la barca, pasó de esa fuente de calor a una leve aflicción. No fue un dolor intenso. En esencia, le pareció tan solo una molestia, luego un tenue escozor que no cedió ni un ápice.

—¿Qué está ocurriendo? —su voz sonó ronca y ahogada.

Intentó recordar cómo había acabado en tales condiciones. Su cabeza despertaba un paso más lento que su estómago. Invasión por esa horrible sensación de memoria vacía, se sintió desorientado. Permaneció bloqueado.

Contempló el agua agitada a tan solo un palmo de distancia. Apenas tenía fuerzas para nada. Las pocas que guardaba, las había perdido por la borda junto con el mucilaginoso fluido que le había dejado la boca con sabor a puro infierno.

Besó la cubierta de la barca antes de poder erguir su cabeza hacia al cielo cepillado de nubes y respiró acelerado intentando recuperar el aliento. Descubrió lo difícil que resultaba incorporarse sin ellas. Probó de liberar sus manos, pero comprendió que las tenía atadas con fuerza en su espalda. Sentía fuertes rozaduras en las muñecas provocadas por lo que intuyó podía tratarse de abrazaderas. Tal constricción exagerada, le provocaba hormigueos constantes en la punta de sus dedos.

Recuperó la compostura y comprobó que nadie gobernaba la embarcación. Estaba solo. Abandonado a su suerte. En aquel horizonte desnudo de vida, nada le indicaba que su suerte fuera a cambiar.

Escasos eran los conocimientos náuticos que poseía, pero desde el principio tuvo claro que aquello era un bote salvavidas. Uno antiguo, muy deteriorado. La pintura blanca del

casco se caía a pedazos. Lo había podido comprobar de cerca mientras soltaba lastre por la borda. No disponía de bancada para sentarse, y ni mucho menos de ningún remo para bogar. En lugar de la chumacera donde debía apoyarse la pala, se hallaba desnuda la parte interior de la madera de la regala, como si alguien hubiera saqueado la embarcación y hubiera sustraído ambas piezas de bronce.

Cuando contempló la popa, advirtió que tampoco montaba ningún timón.

El vaivén de la barca le causó estragos al intentar levantarse, sin embargo, lo que más le molestó fue el pinchazo agudo que sintió tras su cabeza. Un dolor suave que fue incrementándose hasta llegar a un mal tan severo que le hizo perder el equilibrio. Cerró los ojos y forzado, volvió a hincar de nuevo ambas rodillas en el suelo encharcado de agua.

—¿Cómo demonios he llegado aquí? ¿Dónde estoy?

Le dolía la garganta como si hubiera estado gritando toda la noche. Y aunque sentía que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro, hizo un esfuerzo por volver a recordar. Quizá si encontrara respuestas, pudiera comprender como salir de aquella situación.

«Mantén la calma, Bernie. Tranquilo. Vas a salir de aquí.», se repitió a sí mismo. Intentó serenar su respiración agitada. Procuró llegar a un estado de relajación para pensar con claridad. Si se dejaba llevar por los nervios, perdería la cabeza, sucumbiría a tal desesperación y estaría perdido.

Volvió a mirar a su alrededor. Agua. Agua en todos los frentes.

Se centró en la pequeña embarcación. Lo primero que buscó fue algo con que taparse. El frío empezaba a tullirle

el cuerpo y sentía como la brisa del mar le robaba la poca temperatura corporal que conservaba. Sospechaba que, entre alguna de aquellas maderas del suelo, podía ocultarse un compartimento. Uno de esos con elementos para situaciones de emergencia. Aquella era una de ellas. Quizá algo de ropa, o por lo menos un chaleco salvavidas con el que garantizar su flotabilidad. Aunque ignoraba como se lo pondría con ambas manos ancladas en la espalda.

No podía hacer movimientos bruscos. Si caía de la embarcación o ésta volcaba, no lograría sobrevivir en el agua más que unos minutos. Sin poder nadar, sería pasto del océano. Acabaría en el fondo del mar como un cuerpo amarrado a un peso.

—Esto debe tratarse de una maldita broma, ¡no me jodas!
—exclamó incrédulo.

De ser una inocentada de alguno de sus compañeros, no andarían lejos. Se los imaginó partiéndose de risa a su costa. Grabándolo y haciéndole fotos. Quizá su grupo de antiguos compañeros de la universidad. «Esos cachondos sin escrúpulos.».

—¡No tiene ni puta gracia! —gritó—. ¿Dónde coño estáis? Me duelen las manos, la espalda y todo el cuerpo. ¡Salid de dónde quiera que estéis, mamones!

Echó un vistazo a su alrededor, pero nada cobró movimiento. Allí no había nadie. Estaba solo. Ni siquiera la vida parecía rondar por aquel desierto de agua. «¿Cómo alguien iba a gastar semejante broma?».

No era únicamente su desorientación, sino que empezaba a sentirse deshidratado y la cabeza parecía que iba a explotarle en cualquier momento. No tenía pinta de ser una broma, y si lo era, sería la broma pesada con más mal gusto de

toda la historia. «Es demasiado. El dolor de cabeza y el hecho que no me acuerdo de nada, me está matando. Es la peor resaca que he sufrido en mi puñetera vida.»

Muchas eran las formas de morir que se le pasaron por su mente. Si la barca se hundía, moriría ahogado. Si el sol de verano hacía aparición, le abrasaría la piel como un pollo asado. Si pasaba demasiadas horas sin ingerir agua, moriría deshidratado. Si conseguía abastecerse de agua, sería el hambre el que le mataría de inanición. Las opciones eran variadas. Solo debía esperar paciente para averiguar cuál sería la que obrara su final. Tan solo esperar.

Si encontraba la manera de hacerse visible, alguien, fuera en barco o avión, lo divisaría a distancia. Esa era su única posibilidad real. En aquella barca a la deriva, sin alimento, sin agua y sin libertad de movimientos, podía darse por muerto.

Por otro lado, desconocía si le buscaban. Quizá alguien le había echado en falta y había dado la voz de alarma. O puede que, todo lo contrario, y estuviera solo, abandonado a su suerte. Olvidado por completo.

El sol ya había despuntado por el alba, pero aún no calentaba lo suficiente como para arrancar esa sensación álgida que le diera la calidez que necesitaba. Se resignó e intentó sobreponerse. Otra preocupación le recomía por dentro. Su retentiva. Nunca había sufrido semejante desmemoria.

—Bernie Miller —susurró—, hijo de Victory y Graham Miller. Tengo un hermano, Jeff, y una hermana pequeña, Dolly. Nací en Verdigris, Oklahoma en 1975. Soltero y hombre de negocios. Recuerdo que a principios de año estuve en Michigan de reunión de negocios para la compañía Greyce Luxury para la que hace más de diez años trabajo como director ejecutivo. Me gustan los espaguetis, es uno de mis

platos italianos preferidos. Y estoy aquí, porque... porque... ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué hago aquí?

Conservaba parte de su memoria a largo plazo, despedazada, incompleta, pero cuando pensaba en la inmediata sentía náuseas y la terrible sensación de estar perdido en su mente. Cómo había acabado allí era un misterio. Solo tenía una cosa clara. Si aquello no era una broma, quien fuera que lo había postrado allí, maniatado y sin recursos para poder sobrevivir, lo quería lejos y muy posiblemente muerto. Solo había una salvedad que tenía muy en cuenta. Si alguien había decidido tal cruel destino, lo había hecho con alevosía, asegurándose que la muerte infligida sería lenta y dolorosa. «Una macabra tortura, o una terrible venganza.».

—Es normal que un hombre de negocios tenga detractores. Quizá alguno de mis enemigos...

Repasó mentalmente todo aquel que pudiera odiarle lo suficiente. Al menos que recordara.

—Jayden, ese maldito viejo —refunfuñó.

Una relación atávica basada en un odio visceral definía con claridad lo que le unía con Jayden Trump. Desde que le había usurpado el puesto de director ejecutivo, hacía unos cinco años, su relación se había dotado de una toxicidad de alta mortalidad. Trump le había jurado que algún día pagaría con creces su osadía. Tiempo más tarde, cuando su homónimo pasó a trabajar a la competencia más directa, sus encuentros en convenciones, reuniones del sector, concursos públicos y demás eventos empresariales, se sucedieron de la forma más fría y rencorosa.

Tanto Jayden como el propio Bernie, se habían enzarzado en competiciones personales a través de animadas pujas por aquellas cuentas de clientes que sabían del cierto que, tanto una compañía como otra, pretendían.

Más en el territorio personal, Bernie había aireado trapos sucios de índole personal con respecto a su mujer. Quién al parecer, había mantenido un escarceo pasional al margen de su matrimonio. Cuando la información cayó en sus manos de parte de un investigador privado que él mismo había contratado, no dudó en usarla para hundir a su enemigo. Un día el Mercedes SLK de Bernie amaneció con los neumáticos pinchados, las lunas rotas y la chapa gris oscura rallada a conciencia, y aunque nunca se demostró el causante de tales destrozos, a nadie le costó imaginar quién había sido el causante. Una semana más tarde, fue su gato persa quien apareció muerto de un golpe en la cabeza en el porche de su casa. Y en otra ocasión, los arbustos del perímetro de su extenso jardín los que ardieron misteriosamente en una combustión espontánea.

Desde entonces los encuentros y desencuentros de ambos habían sido latentes en el tiempo. Nadie nunca creyó que aquello pudiera llegar tan lejos, pero en esos momentos, Bernie empezaba a dudarlo. «Maldito canalla cornudo. Así te pudras allí donde quieres que te apolilles. No habrás sido capaz de esto, ¿verdad?».

Después de Trump, en la lista de los más odiados, venía Jackson Wells. Un ex empleado que le había amenazado de muerte tantas veces que había pasado a ser una afición habitual de lo más macabra. Pero una cosa era dejar mensajes amenazantes en el teléfono, las cartas insultantes, los grafitis en las paredes de su casa, y otra muy distinta, lo que estaba viviendo. Veía incapaz que Jackson fuera tan retorcido y calculador. Aquel acto maquiavélico era más propio de al-

guien con mucho odio, pero con la suficiente contención para poder pensar con la claridad necesaria para provocar una situación desesperante y angustiosa como aquella.

Era un tipo visceral, violento y sin filtros de control. Si aquello fuera obra de él, lo hubiera hecho fácil. Le hubiera cogido del cuello y la hubiera estrujado fuerte hasta finiquitar su vida. Sin embargo, se veía inmiscuido en una situación extraña y confusa, hasta para la mente retorcida de un guionista atormentado.

—Eres un maldito salvaje, Jackson. Pero con tantas gilipolleces en la cabeza, dudo hayas podido pensar esto por ti solo.

Bernie sintió malestar al imaginar ambos enemigos deleitándose con aquella circunstancia. Reconocía que odiaba perder, pero aquella situación no era un juego, ni una disputa laboral llevada a lo personal. Aquello ponía en juego su vida, y perder en aquella ocasión, significaba demasiado. Algo para lo que claramente no estaba preparado. Su carrera laboral había despegado hacía pocos años y su ambición todavía no estaba saciada. Si todo salía como había planeado, en escasos cinco años tendría su propia empresa, sería una persona rica hasta aburrir y mantendría un estatus social al alcance de bien pocos. Estaba convencido que iba a ser así.

En lo que se refería a lo personal, la cosa era bien distinta. No podía mancillar su vida en aquel instante porque se debía a sus conquistas nocturnas. Como se denominaba él mismo, era el amante perfecto y satisfacía tantas mujeres como podía. Su sexapil era una cualidad que ponía en práctica de lunes a domingo. Tenía sus pubs predilectos para cada día de la semana, y de ellos, emanaba todo un surtido de mujeres de todas las edades, razas y condicio-